Derrumbados por dentro

Antonio Gil

LA RUTA PROVINCIA

Si es usted persona creyente, incluya a los tristes en sus rezos. Aprenda a identificarlos en los supermercados, en las oficinas, en las fábricas. Los ojos muertos, el alma desconsolada. Todos tenemos alguno muy cerca, y podemos convertirnos en uno de ellos en un santiamén.

Los vemos a diario en la calle, en el metro, en la fila del banco. Solo los delata la mirada perdida y sin brillo, los movimientos lentos, casi rituales. Son los tristes. Las mujeres y hombres que se han derrumbado por dentro, que se han hecho añicos y ya no hay ciencia ni farmacopea que pueda componerlos. Su mal escapa al dominio de la psicología, aunque el psiquiatra les prescriba la última panacea del ingenio del inmenso aparato farmacéutico alemán y las entusiastas psicólogas, lozanas como duraznos nuevos, intenten con sus agradables gestos llenos de optimismo recomendarles una serie de actividades saludables.

Los tristes saben que ya no tienen cura, que deberán aprender a habitar sus ciudades desde ese remoto lugar, inaccesible a los demás, desde ese planeta perdido donde la tristeza los pone. "Duermo, duermo / dueño mío, / sin zozobra, sin temor /, aunque no se duerma mi alma, / aunque no descanse yo", escribió Gabriela Mistral en su poema "Madre triste". No hay duda de que la Mistral es una especialista en tristeza, que la conoce, que la respira en esas tardes que se arrastran por los cerros resecos de su tierra de la infancia, esos polvorientos días de Monte Patria, donde se arremolina la pena, esperando al padre amado que no llega, que no llega nunca.

Son muchas las veces en que la tristeza va unida a un sentimiento de culpa y está siempre unida a la sensación de lo que ya es irremediable. Nunca hay esperanza en la tristeza. El narrador y poeta argentino Jorge Luis Borges escribió un poema llamado "El triste", del que compartimos este fragmento: "[...] y en la sombra el olor de los jazmines. / Y nada de eso importa. El resignado / ejercicio del verso no te salva / ni las aguas del sueño ni la estrella / que en la arrasada noche olvida el alba. / Una sola mujer es tu cuidado, / igual a las demás, pero que es ella". También sabía Borges de tristeza. Había descubierto la pena honda de Buenos Aires, la misma que se escapa al que va por un bife de chorizo o una pizza con Quilmes. La de la luz de almacén, ya en los lindes del campo con su aroma de yuyos y de alfalfa.

Hay tanta tristeza repartida por el mundo. Los columpios vacíos, las zapaterías de barrio. Valparaíso, sin duda la ciudad más triste y mal querida del planeta. Va allí la tristeza adentrándose en nosotros con la luz, que es como uno de esos adagios barrocos de Albinoni que resplandecen, crepusculares, y aprietan la garganta. En el Nuevo Testamento leemos: "Jesús invitó a Pedro, a Santiago y a Juan para que lo acompañaran. Luego empezó a sentir una tristeza muy profunda, y les dijo: 'Estoy muy triste. Siento que me voy a morir. Quédense aquí conmigo y no se duerman'".

Si es usted persona creyente, incluya a los tristes en sus rezos. Aprenda a identificarlos en los supermercados, en las oficinas, en las fábricas. Los ojos muertos, el alma desconsolada. Todos tenemos alguno muy cerca, y podemos convertirnos en uno de ellos en un santiamén. La vida da muchas vueltas y nadie tiene clavada la rueda de la fortuna. Que Dios los libre de toda tristeza.

Derrumbados por dentro [artículo] Antonio Gil.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gil, Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2020

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Derrumbados por dentro [artículo] Antonio Gil.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile